

EL TROVADOR DE MEDIANOCHE



JUAN BAUTISTA FISAC MARTIN POZUELO

Una calurosa noche de verano me dirigía a mi casa tras dar un largo paseo. Al llegar a la esquina de la calle Méndez Núñez con la calle General Espartero, los perfectos, agradables y armoniosos compases de una bandurria avivaron mi atención atolondrada por las altas y agobiantes temperaturas. Intentando encontrar el punto exacto de donde procedía la música, mis ojos fueron a parar a una terraza del edificio 2 de la citada vía, y entre la penumbra, apenas pude atisbar al autor de tan curiosa melodía. Era Félix Sánchez Sánchez, un genuino personaje daimieleño en el sentido más noble, extenso y verdadero del vocablo, alguien que me conoce desde que nací y que siempre lo he tenido cerca, tan cerca como se tiene a un amigo o a un familiar auténtico, pues no todos lo son.

Félix pertenece a ese minoritario y selecto grupo de personas singulares que forman parte de la historia de un pueblo y que proyectan la misma de forma única e irrepetible. En sus variados oficios ha destacado siempre por su fuerte y peculiar personalidad, y durante el tiempo que ocupó el cargo de empresario del legendario Teatro Ayala, despuntó esa forma de hacer las cosas tan auténtica que sólo él conoce. En mi memoria residen imágenes como la de una tarde de Feria, en la que, siendo aún un niño, me presentaba en la taquilla a Quique Camoiras, un momento antes de la representación que esa noche iba a tener lugar. Me cuenta la época en la que yo era un bebé que empezaba a dar sus primeros pasos, y me observaba con regocijo cuando de la mano de mi padre, y por medio del parterre, me soltaba y empezaba a correr sorteando obstáculos y haciéndome los primeros chichones. Ya con uso de razón, y también imperecederos en mi retentiva es-

tán aquellas visitas con mis progenitores al “cinillo” de verano o a la Discoteca-Pub “Yuli” que regentaba, y el placer que me producía estar a su lado y escucharlo. Y es que estar junto a su persona siempre enriquece y gusta, ya que si la clase tuviese medidas como la ropa, Félix gastaría una XL como mínimo.

Muchos años después, al entrar a formar parte del equipo de Redacción de nuestro periódico, tuve la oportunidad de comprobar por mí mismo la excelente, callada, filantrópica e impagable labor que desempeña como publicitario y que hacen de él, una de esas personas indispensables y básicas en su organigrama junto a otros como Jesús Sevilla, Miguel Ángel Fanego o Pedro José Díaz-Pinés, que Dios lo tenga en su gloria.

En este ámbito es en el que, de manera primordial, he podido comprobar la verdadera categoría moral del aliado que en cierto momento difícil de mi vida –en el que principalmente estaba rodeaba de descarada ambigüedad, sucia hipocresía y dobles intenciones– me habló con la sinceridad de un padre, demostrando lo mucho que yo significaba para él y resplandeciendo todavía más su calidad moral y particular.

El Félix que yo conozco, es además un hombre enamorado de todo lo que hace. Católico ferviente, es un mito viviente en la historia de dos Cofradías daimieleñas. La pasionaria de Los “Corbatos”, en la que su titular, La Soledad, es “su Virgen”, y en la que ha desarrollado una función extraordinariamente fructífera y creo, muy poco reconocida e injustamente tratada, algo normal por otra parte en el desagradecido, ingrato y decepcionante mundo de las Her-

**Félix pertenece a ese
minoritario y selecto
grupo de personas
singulares que forman
parte de la
historia de un pueblo y
que proyectan la
misma de forma única
e irrepetible.**



Félix Sánchez Sánchez, publicitario de nuestro periódico y daimieleño genuino y heterogéneo

mandades en general, y que nos ha pasado a mucha gente, pues no hay que olvidar que en este contradictorio, espurio y falso microcosmos, pasa “lo que en la Feria de Valverde, que quien más pone más pierde”, o en otras palabras, “el que más hace, menos merece” (y eso que no hay en juego intereses económicos, que si no...). Y la Real Cofradía de la Virgen de La Cabeza, de la que actualmente es presidente y cabeza visible y segura de la misma.

Pero si de amor o de “sus amores” hablamos, no puedo acabar sin referirme al que ha sido el más grande de toda su vida, Julia, su mujer, su fiel y digna esposa, que el zarpa-zo inevitable e inmisericorde de la muerte se la arrebató hace un año. Su existencia ha sido una consagración constante hacia ella, hacia su enfermedad final, y ahora, hacia su memoria; eso –y más en esta degenerada y puerca sociedad, donde todo vale, y valores como la fidelidad marital están por los suelos– hace que una persona sea todavía más ejemplar, loable y heroica. Querido Félix, tu Julia sigue estando “aquí”, aunque ahora esté “allí”.

Por mucho tiempo que pase, siempre recordaré aquel día en el que escuché al hombre de la bandurria, y reflexioné sobre lo que significa ser y no tener, y lo importante que es anteponer lo uno a lo otro.